

CONVERSANDO SOBRE ARTE

EL TIPO "ARTISTA", SEGUN EL PUBLICO.

DECLARACION DE PRINCIPIOS. — LOS PAISAJES DEL SUR Y DE LA FRONTERA, A PROPOSITO DE DON ONOFRE JARPA. — EL HOMBRE Y LA OBRA

(A la señora INES ECHEVERRIA de LARRAIN, respetuosamente)

ES un hecho conocido y mil veces comprobado que á la gran mayoría de los hombres, á esta entidad impersonal, irresponsable y al mismo tiempo sumamente apegada á sus tradiciones que se llama el público, ó más generalmente todavía, la "gente", le gusta tener sobre todas las cosas sus ideas fijas y concretas, que le sirvan de lazo de unión y de punto de contacto común en todos los órdenes de ideas generalizadas: uno de los efectos de esta tendencia, y, más que tendencia, necesidad, de la muchedumbre es el de crear modelos-tipos por ciertos cuerpos de estado, sobre todo de los que se destacan más de la masa del pueblo: los militares profesionales, los marinos, los sabios, los artistas...

A pesar de que el gran nivel del proceso social vaya suprimiendo todos los distintivos antiguos entre las razas, las naciones, las sectas, las capas sociales, el público sigue siempre y quiere seguir encerrando cada individuo que se entrega á una carrera ó á una labor determinadas, en un molde convencional, demostrando extrañeza y hasta disgusto algunas veces (porque, como tiene un alma de niño, no le gusta que le contradigan) cuando ciertos de estos profesionales no corresponden físicamente al tipo que el espíritu popular les ha atribuído. Es tan fuerte este prejuicio que muchas personas interesadas se someten á él, sea por atavismo, por educación ó por negocio, arreglando su aspecto exterior como se arregla la muestra de una tienda....

No se puede negar que, entre esos "tipos-modelos", uno de los más conocidos y mejor delineados es el tipo "artista". ¿Cuántas personas de la clase media ó del pueblo no pueden todavía hoy día concebir al artista de otro modo que bajo el aspecto de una figura más ó menos famélica, de larga melena, de vida irregular y de una vecindad asaz peligrosa para el burgués? Ese es el artista, como lo ve todavía la mayoría del público y como lo seguirá viendo probablemente por mucho tiempo, porque le gusta verle así.

Me acuerdo que hace ¡ay! bastante tiempo, formando parte de un grupo de artistas que, bajo el nombre de los 33, organizaron exposiciones en la famosa Galería Georges-Petit, exposiciones cuya primera fué por cierto un acontecimiento parisién, iniciando una era nueva en las costumbres artísticas de París, pues que de ella salieron todos los "petits salons" ulteriores, tan incorporados hoy día á la vida parisiense; me acuerdo, digo, que entonces pagaba ¡oh! muy modestamente! mi deuda á la patria, bajo el capote azul del más humilde de los soldados de infantería. Fuí, vestido de mi uniforme, á hacer el arreglo de mis cuadros en la Sala de Exposiciones, y nunca olvidaré la sorpresa y la incredulidad de los empleados y mozos de dicho Salón, cuya mentalidad se negaba en absoluto á admitir la idoneidad de un soldado raso como pintor exponente en una Exposición elegante. Por cierto que aproveché muy bien este estado de espíritu, pues ninguno de mis compañeros fué mejor atendido y más cariñosamente ayudado que yo: la cosa había hecho gracia á esta gente sencilla y no se enojaron por esta perturbación de sus ideas; pero me trataron con una cierta familiaridad, una cierta protección "bon enfant" ingenua y encantadora, guiándome el ojo cada vez que pasaban á mi lado. Varios años después, uno de los mismos empleados me hablaba todavía de este incidente, todas las veces que se encontraba conmigo.

Este estado de espíritu persistente del público es tanto más curioso cuanto que, en realidad, hace mucho, muchísimo tiempo que el tipo convencional artista, admitiendo que haya existido alguna vez, ha desaparecido, ó por lo menos no se ve sino en una pequeñísima minoría entre los jóvenes principiantes y estudiantes y también entre los "ratés". El afán de singularizarse físicamente por una indumentaria destinada á sorprender al público, repugna cada día más á los espíritus cultos y distinguidos, lo que está en relación directa con su estado de cultura y distinción; y el caso de los grandes dandys, á la vez artistas geniales, como los Barbey, d' Aureville, Wistten y muy pocos otros, no es sino la excepción que confirma la regla. Entre los artistas conocidos de Santiago, no hay ninguno que presente el aspecto "artista" tradicional; pero, si entre todos ellos hay uno que sea precisamente la antítesis de este género "suranné", este artista es don Onofre Jarpa, á cuya personalidad y talento quiero consagrar hoy esta charla sobre arte.

Pronunciar el nombre del señor Jarpa es, para todas las personas que se interesan, en Santiago, por las Bellas Artes, evocar la idea de la cortesía, de la gentileza y de la benevolencia, al mismo tiempo que de la conciencia artística y del talento más fino y distinguido. Y ahora, al entrar á hablar de la obra del artista, me asalta un temor, el de que la diferencia entre mis ideas y tendencias artísticas y las del señor Jarpa, pueda hacer dudar á los lectores, que conozcan estas divergencias de escuelas, de la

sinceridad de mis elogios y de mis observaciones. Por eso, me parece oportuno hacer á este respecto una declaración de principios, ya que en el curso de estas conversaciones artísticas tendrá que presentarse el caso quizás á menudo. En la época de mis mocedades, las intransigencias y el absolutismo de mis ideas en materia de escuelas artísticas habían llegado á ser entre mis compañeros de estudio legendarias, tanto que, aquí mismo, recién llegado tuve un eco de esos tiempos pasados, pues una distinguidísima señora, hermana de uno de mis compañeros chilenos de estudio en París recordaba, por haberlo oído contar á su hermano, que, á mi intención, se había compuesto una especie de coro cuyo refrán, como una amplia melopea, decía: "Ne te fâche pas! Brunet, ne te fâche pas!" (No te enojés!) destinado á cortar mis arrebatos, tales eran la suavidad y las contemplaciones que usaba en las discusiones artísticas. El campo artístico era dividido, para mí, en dos partes desiguales: la una, la de mis ídolos de la Escuela Moderna, donde todo era obras maestras; la otra, todo lo demás en que no quería reconocer nada, pero absolutamente nada bueno.... Desde esta feliz época, la vida se ha encargado de enseñarme á ver las cosas de distinta manera, el espíritu crítico y filosófico nació en mí y me hizo capaz de estudiar, y, después, de apreciar las cualidades y condiciones de las obras que pertenecían a Escuelas distintas de la á la cual yo estaba vinculado por mis gustos, mi temperamento y mi educación. Sin llegar, lo que habría sido muy distinto, a quemar lo que había adorado y adorar lo que había quemado, reforzando al contrario mis ideas y mis tendencias personales, pues que se agregaba á la preferencia instintiva, la resultante del sentido crítico y del criterio razonado, pude al fin comprender que en las Escuelas de ideales y tendencias mas opuestas á las mías, podían existir y existían obras geniales, cuyas bellas cualidades alcance no solamente á percibir sino á admirar con la mayor sinceridad, sin debilitar en nada mis creencias y gustos personales. Es que, como tuve ya ocasión de decirlo, y lo que no se puede demasiado repetir, la forma exterior, la "fórmula" en una obra de arte, por seductora y "bonita" que sea, no es lo principal: lo que vale más es la intención del autor, el pensamiento que esta fórmula sirve para expresar. Se me ocurre una comparación en la música: a ciertas personas, por ahogado, por instinto, por razones indeniabiles, les gusta más el piano, a otras el violín, a otras la flauta, el órgano; pero todas estarán de acuerdo en que lo primero es la idea musical, la frase melódica y la armonía. Así, en la pintura, a cualquier escuela que pertenezca el pintor, clásica, romántica, impresionista, es decir, con cualquier ropaje que revista su pensamiento, para obra de artista si este pensamiento es sincero y merece, por su delicadeza o su fuerza, ser exteriorizado. Además, los artistas natos obedecen á una fuerza incontrastable y creo que en los países jóvenes, como Chile, y sobre todo en los nombres de la generación á la cual pertenece el señor Jarpa, las dotes artísticas son más portentosas, mas naturales que en las naciones de vieja civilización e intensa intelectualidad. Efectivamente, en esos países la formación de un artista puede tener orígenes muy complicados y ser el resultado de circunstancias y de elementos muy variados: el ambiente, la educación, las casualidades de los encuentros, el cultivo de la intelectualidad en todas sus manifestaciones, pueden dirigir á muchos jóvenes hacia la carrera artística, no por una verdadera vocación sino por una curiosidad reñada, la destreza para aprender y aprovechar los recursos materiales del ocio, la inteligencia y la facultad de asimilación; siendo, aunque parezca raro, completamente independientes del verdadero temperamento y de la pura naturaleza de artista. Se ve á menudo ahí á pintores que llegan a ser verdaderos virtuosos en su arte, sin que ninguna de sus obras pueda provocar la menor emoción, despertar la más sencilla sensación, porque el autor mismo es incapaz de experimentar tales sensaciones ó emociones y porque su trabajo es puramente mecánico y exterior. Estos pintores son frutos de invernales, de "serres chaudes"; pueden llegar á ser objetos de lujo y de refinamiento como ciertas extraordinarias orquídeas, que uno contempla con admiración y con estupor, pero sin probar nunca delante de ellas la exquisita, la sana, la vivificadora sensación que da la más sencilla de las rosas, la más humilde de las humildes violetas. En Chile no pasan, no pueden pasar todavía las cosas así, y si un joven se dedica á la pintura, es porque verdaderamente tiene un temperamento de pintor, una naturaleza especial que le obliga á dedicarse al arte, á pesar de todas las dificultades, de la falta de ambientes, de modelos, de indicaciones.... En estas condiciones, el pintor podrá llegar á posesionarse más ó menos del oficio, podrá encontrar una fórmula más ó menos feliz que le permita dar á sus pensamientos una forma agradable y

vigorosa; pero lo que no le faltará nunca será la emoción primera, el deseo de expresar algo que habrá sentido en el alma y el amor profundo al arte.

El amor al arte, la sinceridad delante de la naturaleza, el deseo de traducir emociones recibidas, emociones de toda la vida y que son impregnadas del perfume del terreno: estas son las cualidades que distinguen, á mi modo de ver, las obras de don Onofre Jarpa. En las regiones del Sur y de la Frontera existen todavía inmensos espacios de naturaleza virgen, cuyo aspecto es netamente característico del país y distinto de los paisajes de cualquier otra parte del mundo, formando la transición entre la verdadera selva virgen tupida ó casi impenetrable y las llanuras de campos cultivados y desprovistos casi enteramente de árboles. Se encuentran en montes, en cerros, trepando hasta las cumbres de la cordillera y bajando hacia las costas del Pacífico, vastos territorios de un carácter muy especial y sumamente interesante: es todavía el bosque y la selva, pero con los árboles muy diseminados y mezclados con matorrales y zarzales. Menos imponente que la selva propiamente dicha, oscura y sombría, el aspecto de estas regiones tiene algo quizás de más misterioso, de más imprevisto, algo inquietante; parece que ahí el silencio y la impresión de soledad fueran mayores, se impusieran más al espíritu y, sobre todo, en una forma menos convencional, menos clásica que la del bosque tupido é inaccesible. En medio de estos montes, el viajero se siente menos estrechado, menos oprimido que en la verdadera selva y, sin embargo, más aislado, más perdido: la facilidad misma para andar, para penetrar más en el corazón de estas regiones, la tranquilidad solemne que reina en ellas predispone el espíritu á pensamientos melancólicos y supersticiosos; es algo semejante á lo que pasa en las famosas landas de la Bretaña y de la Normandía, donde, sin ningún motivo, ningún peligro probable y aparente, el alma se encoge y sale de su estado normal: quizás esta impresión tan conocida en el país de los Druidos sea debida á la presencia en la atmósfera, saturándola, llenándola, de las almas de tantas y tantas genera-

ciones de una misma raza que han vivido, amado, soñado en estos mismos lugares, y que por haber inventado las leyendas de las hadas y practicado los grandes misterios de una Isis bretona, son condenadas á permanecer ahí mismo, para incorporarse á estas mismas leyendas, manteniéndolas y perpetuándolas.

¿Quién sabe si estos bosques de la Frontera no estarán poblados todavía con las almas de tantas generaciones de la raza araucana que, aún después de abandonar los cuerpos, seguirían guardando, defendiendo á su modo su antigua querida patria!

Esta impresión que yo tuve en estos bosques de la frontera la volví á encontrar en muchos cuadros de don Onofre Jarpa, que se ha casi especializado en el estudio de estos paisajes. Delante de estas telas de impresión tranquila, de color suave y distinguido, he tenido otras tantas veces la sensación de soledad, de silencio de los montes apartados, y también he sentido la atmósfera pura y liviana de las alturas, la delicada transparencia del aire diáfano. La técnica del pintor es sencilla, pero muy segura, el dibujo correcto y las composiciones siempre cuidadas y bien equilibradas: si no se nota en las obras del señor Jarpa ningún atrevimiento, ningún deseo de buscar y de reproducir impresiones violentas ó raras, en cambio sus cuadros están impregnados de la más profunda honradez artística y de una probidad que, por cierto, si es la más rara hoy día, no es la menos apreciable de las joyas que deben componer la corona de un artista! En fin, estas obras tienen la gran cualidad de ser personales y de reflejar admirablemente la naturaleza refinada y distinguida del autor.

Son productos raros de un espíritu culto, de un artista de raza y de un hombre bueno, porque estas son las condiciones, sobre las cuales no quiero insistir más, para no ser indiscreto y no ofender una sincera modestia del señor Jarpa: son estas dotes exquisitas las que lo han hecho estimar y querer tanto por sus amigos, que lo son cuantas personas se interesan en Santiago por el arte, por este arte que prestigian y que levantan, en el concepto público, los caracteres como el de don Onofre Jarpa.

RICHON BRUNET



LA PESCA.—De Sommers



(252)

PAISAJE.—Onofre Jarpa